



DEJAR EN PAZ A LOS MUERTOS

Tenía la ventaja de estar la mayor parte del tiempo en la capital.

Al pueblo solo se iba algunos fines de semana en invierno, aquellos en los que el sol, aunque tibio, se ofrecía para calentar los huesos helados por el aire de los picos de la montaña. También en los meses de verano, ahí sí era cuando se quedaban una larga temporada.

Conocían el pueblo desde niños, al principio dentro del entorno de una urbanización cerrada por un muro hecho con la piedra gris granítica inconfundible de la sierra que contenía, además de las casas, las canchas de tenis y la piscina.

En esa época, y en muchas posteriores, nadie se planteaba lo de las canchas de tenis porque parecía moderno, aun siendo conscientes de que eran escasos los vecinos que bajaban a jugar, sobre todo en los días de calor, cuando la urbanización estaba llena de gente.

Después, con el tiempo, se eliminó la barrera de entrada, vencida por el óxido y el peso, y el pueblo creció hasta los alrededores, por lo que se fue fundiendo todo y creando un entorno urbano prolongado hasta la iglesia y el centro de salud.

Además de los pisos, pensados para gente con pocas posibilidades económicas pero deseosos de tener una propiedad de fin de semana, estaba la zona de los chalets, donde sus padres habían edificado cuando aquello eran todo campos de cabras.

Sus primeros pinitos en la piscina, su primera pandilla de amigos, estreno en moto y en coche, en discoteca, bebiendo a deshoras por las calles del pueblo entre risas y estruendo de orquesta. Todo había transcurrido allí, como estaba mandado.

Parecía que el alcohol, los gritos y los acelerones eran menos en la sierra. Menos peligrosos, más permisivos, justificados. Tal vez por estar alejados de la multitud y los callejones oscuros de su día a día en Madrid, donde los malhechores no tenían rostro conocido.

Después, aquellos chiquillos iban creciendo y pasaban una temporada alejados de la propiedad familiar. Se oían de sus padres las típicas frases: «es que está estudiando fuera», «tenía exámenes que repasar este fin de semana», «a los niños ya, que son mayores, no les gusta venir».

Y con gesto conformista se iban consolando mutuamente, dejando resbalar por un embudo emocional los deseos puestos en aquellas adquisiciones. Situaciones que solo podían desembocar en buen puerto cuando el hijo o la hija se casaban y volvían con el cónyuge a visitar el territorio de ocio familiar, por comer gratis, por tomar conciencia de los privilegios que eran suyos también o por salir de un Madrid que les apretaba desde el bolsillo a la garganta.

Entonces volvían a verse padres orgullosos, inflados como pavos reales en época de primavera, con sus nuevos familiares políticos y después con coches de bebé y retoños juguetones como lo fueron sus hijos.



A Eva aquello no le parecía bien.

Llevaba tiempo escuchando los detalles de boca de sus suegros y de los amigos de la familia que pasaban por allí y estaban prontos a comunicar cualquier cambio con entusiasmo, el entusiasmo que da el poco quehacer.

Desde un primer momento ella le había dicho al guarda del cementerio que estuviera atento, que consiguiera ver de propia mano, o informarse de manera fiable, de la persona o personas que depositaban aquellos objetos. No sería difícil en un pueblo tan pequeño como Guadarrama, donde todos se conocen. Que para curiosear sobre los madrileños que llegan de la ciudad cada fin de semana, de lo que hacen y lo que llevan puesto, siempre están listos. Ahora resulta que no hay ojos para lo que ocurre dentro del cementerio.

Pero no era consciente de que lo que significaba un escándalo para ella, para el guarda era una muestra de cariño, de hombría moderna, porque iba acompañada de llanto, pero de hombría.

—Con un par —le había dicho al sepulturero—, eso es un tío. Aquí llega y se la suda que a alguien le parezca mal, incluso que las banderas cuelguen por encima de la tumba de abajo, que además es de rojos.

—No sé cómo no se las quitan.

—Porque los rojos vienen menos.

Y ambos reían a la par mientras echaban el candado de la verja y tomaban camino a la taberna para cerrar la tarde como hay que cerrarla, frente a un buen vaso de vino tinto.

Ella le había dado instrucciones severas al respecto varias veces, intentando por todos los medios que retiraran aquello y

que se lo hicieran saber, que se le comunicara a la familia, que no quería semejante despliegue de símbolos.

Pero él, similar número de veces le había dicho que no podía hacer eso, «que cada uno es libre de ofrendar lo que desee a los fallecidos mientras no ponga en peligro a nadie».

Eva se temía lo que estaba empezando a pasar, que algunos comenzaron a asociarlo con ideologías radicales, lo que hacía quedar bajo sospecha a su marido y, por extensión, a toda la familia.

La buena posición económica que le había convertido en dueño y gerente de varias empresas y su porte impecable en marcas de ropa y planchados, en gran parte por el toque de su mujer, denotaba una tendencia inequívoca que ratificaba las sospechas a pesar de ser falsas.

—Pero una cosa es ser pijo y otra nazi. ¡A ver cuándo lo entienden de una vez! —se prodigaba indignada ante los amigos, en reuniones íntimas—. ¡Hay que dejar en paz a los muertos!

Eran ya unos meses los que se contaban respecto a la aparición en su tumba de banderas patrióticas, que algunos maridos de sus amigas le habían dicho que coincidían con las victorias de la selección española de fútbol, teoría apoyada también por el hecho de que en alguna ocasión estaban presentes, además, la bufanda o la camiseta del Madrid.

Pero ella no quería creerlo.

¿Quién podría ir a un cementerio a colgar banderas y bufandas?

Los amigos con los que él compartía las tardes de partido eran pocos y gente seria, de buena posición, que sabían muy bien la preocupación de toda la familia de mantener las formas, de presentarse impecable ante los demás, ahora y antes, cuando él vivía.

El excesivo cuidado de la imagen era una actitud vital que la acompañaba siempre, que la atormentaba y que hacía que, a sus

ojos, la sepultura del que había sido su marido durante treinta años no presentara un aspecto suficientemente digno y elegante.



—Parecemos gitanos —había dicho en casa, ante la mesa repleta de parientes aquella Navidad en que a todos se les atragantó el turrón.

En aquella ocasión, el motivo había sido la mesa preparada para la cena. Uno de los manteles blancos bordados, que se guardaban de año en año, portaba una mancha amarillo-cobrizo de las que deja la grasa del cordero, la mezcla de vinos o incluso los postres, pero que era una mancha de última hora que la abnegada Sole, la asistenta de la casa, creyó disimular colocando una enorme panera encima.

—¡Inadmisible! —exclamó al verlo y escuchar la explicación de la mujer.

Y hubo que levantar toda la mesa y cambiar de color vajilla y cristalería porque el mantel rojo, que era el que quedaba más a mano en esa ocasión, así lo requería.

Ya no estuvo a gusto durante la cena, justificando continuamente aquel cambio de última hora y achacándole al incidente cualquier menudencia que pudiera pasar posteriormente, aunque no tuviera relación alguna.

Jesús la conocía bien, sabía cómo era, contagiarse de su malestar no resolvía nada. Así que se acomodó en la silla, se echó una copa de buen vino y acercó atentamente los alimentos que quedaban a su alcance al resto de los comensales.

—Venga, tengamos la fiesta en paz —les dijo con una estudiada sonrisa que en su boca parecía natural.

Fue unas horas después, tras desfilan la sopa de mariscos y los fideos con almejas por la animada mesa, cuando sucedió.

Había sido a raíz de la entrega de un paquete de Amazon o El Corte Inglés.

El timbre de la casa sonó con contundencia. Ella fue hasta la puerta con agilidad, porque en esas fechas se dejaba ver al exterior con cualquier excusa. Le gustaba deslumbrar con aquel contraste de mohair blanco en su vestimenta o rasos del mismo color, y el titilar de las joyas que, a modo de estrellas, corazones o angelitos, hacía brillar sobre su pecho con inconfundible color a oro del mejor.

Con una expresión angelical recogió el paquete que, solícito, llevó un repartidor en aquella señalada noche.

Se acercó a ver el destinatario del paquete sospechando que sería uno más de los regalos de felicitación que le hacían a su marido, por lo que su intención era recogerlo sin más. Al depositarlo sobre el recibidor entre las cartas del banco y la empresa del gas, se fijó en un pequeño sobre cuadrado de un tamaño no estándar para lo que sería un envío de correos.

Algo en ella levantó todas las alertas.

—Jesús. Te dejo aquí este paquete. Pero ¿qué es esto, de dónde ha salido este sobre?

Al no tener respuesta inmediata, abrió la carta sin perder tiempo.

Los invitados charlaban en la mesa animadamente, mientras hacían juegos de equilibrio con cubiertos y copas para divertimento de los asistentes más pequeños.

Jesús se había levantado y caminaba con lentitud hacia ella, sin sospechar que aquello sería el inicio de un temporal que tardaría en amainar.

—A ver, ¿de qué me hablas?

El sobre contenía una tarjeta de Navidad hecha a mano. La imprecisión de sus esquinas, la rotura involuntaria de alguna de las partes de la estrella en papel seda que guardaba en su interior y los restos del sobrante de pegamento que «decoraban» el contorno de la figura, demostraban que el artífice tenía algún tipo de dificultad física, algún problema de coordinación manifiesto.

Primero pensó que sería una tarjeta destinada a alguno de los niños de la casa, Jaime, doce años, Elena, ocho, pero resultó que, ineludiblemente, el destinatario estaba escrito con letra clara, de adulto.

Además, la carta no tenía sello ni había pasado por el sistema de envío de Correos.

Alguien la había llevado hasta la casa, hasta el buzón y, aún a riesgo de ser visto por los habitantes del interior, la había depositado a nombre de Jesús Márquez y se había ido.

—¿Qué significa esto? ¿Quién puede enviarte esta tarjeta?

«Feliz navidad», contenía en su interior junto a la estrella, escrito con letras dispares, unas más grandes, otras más pequeñas, alguna mayúscula dentro de la palabra. Era fácil adivinar que estaba realizado por las mismas manos que el resto de la decoración.

—¿Qué es, un niño o un loco?

Su mujer interrogaba mientras él fingía quitar importancia al asunto.

Pero ella, tras largos años de experiencia y observación de aquella persona con la que convivía en matrimonio, conocía muy bien ese gesto suyo de boca recta, semiapretada, contenida y expresión de sorpresa fingida en sus ojos.

—¿De quién es?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No tengo ni idea. Será un error, un gracioso, qué sé yo. —Tiró la tarjeta arrugada al paragüero

convirtiéndolo en papelera por unos instantes—. ¿Ves? ¡Se acabó el tema! Hay que darle importancia solo a lo que la tiene.

Y con esta frase, máxima desde hacía algunos años, creía finiquitar un tema abierto que se estaba haciendo cada vez más incontrolable. Al menos eso es lo que sentía él mientras ella le miraba en silencio con mirada implacable.